

# **FÁBULAS Y LEYENDAS DE COREA**

## *Duendes, fantasmas y hadas*

JAMES S. GALE

Del original coreano de:

Im Bang y Yi Ryuk

Traducción:

Eva González Rosales



## ÍNDICE

|   |    |
|---|----|
| Prefacio .....                                | II |
| Sobre los autores.....                        | 13 |
| Charan.....                                   | 15 |
| La historia de Chang To-ryong.....            | 27 |
| La historia del zorro .....                   | 33 |
| Cheung Puk-chang, el adivino .....            | 35 |
| Yun Se-pyong, el mago .....                   | 41 |
| La mujer gato .....                           | 45 |
| El sacerdote desventurado .....               | 47 |
| La visión del hombre santo.....               | 49 |
| La visita del Hombre de Dios.....             | 53 |
| El literato de Imsil.....                     | 55 |
| El soldado de Kang-wha .....                  | 59 |
| La maldición de la serpiente.....             | 61 |
| El hombre de la carretera.....                | 63 |
| El viejo que se convirtió en pez .....        | 65 |
| El geomante .....                             | 67 |
| El hombre que se convirtió en cerdo .....     | 71 |
| La anciana que se convirtió en un trago ..... | 75 |
| El fantasma agradecido.....                   | 77 |
| La doncella valiente.....                     | 79 |
| La esposa ingeniosa .....                     | 85 |
| El gobernador encajonado .....                | 87 |
| El hombre que perdió las piernas .....        | 93 |
| Los diez mil demonios .....                   | 97 |

|  |     |
|--|-----|
| El país de las hadas.....                    | 101 |
| La bruja honesta.....                        | 109 |
| A quien el rey honra.....                    | 113 |
| La buena fortuna de Yoo.....                 | 115 |
| Un encuentro con un espíritu.....            | 121 |
| La venganza de la serpiente.....             | 125 |
| El corregidor valiente.....                  | 129 |
| El templo del Dios de la Guerra.....         | 131 |
| Una visita desde las sombras.....            | 135 |
| El capitán sin miedo.....                    | 139 |
| El rey de Yom-Na (infierno).....             | 141 |
| Las experiencias de Hong en el infierno..... | 145 |
| Casas encantadas.....                        | 149 |
| Im, el cazador.....                          | 153 |
| La invasión mágica de Seúl.....              | 157 |
| El horrible duendecillo.....                 | 159 |
| Los caminos de Dios.....                     | 161 |
| El anciano del sueño.....                    | 163 |
| El sacerdote perfecto.....                   | 165 |
| La urraca de la buena fortuna.....           | 167 |
| El viejo Buda.....                           | 169 |
| Un remedio maravilloso.....                  | 171 |
| La leal Mo.....                              | 173 |
| El famoso Maing.....                         | 175 |
| Los sentidos.....                            | 177 |
| ¿Quién decide, Dios o el rey?.....           | 179 |
| Los tres talentos de Im.....                 | 181 |
| Una muerte en extrañas circunstancias.....   | 183 |
| El misterioso árbol Hoi.....                 | 185 |
| Ta-hong.....                                 | 199 |

## PREFACIO

Las siguientes historias, hijas de las tres grandes religiones del Lejano Oriente (taoísmo, budismo y confucianismo), servirán de guía a cualquiera que desee adentrarse en las profundidades del alma oriental y descubrir las peculiares criaturas espirituales entre las que mora.

El año pasado cayó en las manos del traductor una vieja copia manuscrita de las historias de Im Bang; ahora las entrega al mundo occidental para que sirvan como introducción a los misterios y extravagancias, pues así las considerarán muchos, de Asia. Algunas de ellas son, efectivamente, truculentas y desagradables, pero dibujan con fidelidad las condiciones en las que vivió Im Bang y muchas generaciones anteriores de coreanos.

Los trece relatos breves de Yi Ryuk se han tomado de una recopilación de leyendas coreanas antiguas que se reeditó en Japón el año 1911. Asimismo, se han añadido tres historias anónimas: *El geomante*, que nos demuestra cómo se preocupa la Madre Tierra por sus criaturas pequeñas; *Im, el cazador*, un relato sobre la vida arriba, en el cielo; y *El hombre que perdió las piernas*, ejemplo de un Simbad coreano.

Los datos biográficos que acompañan a los relatos se han extraído en gran medida del *Kuk-cho In-mul-chi*, «Registro de coreanos ilustres».

J. S. Gale

## CHARAN

*Algunos creen que no es posible encontrar en Oriente un amor fuerte, verdadero y abnegado, pero la historia de Charan, que data de hace más de cuatrocientos años, demuestra lo contrario: aunque conserva la dulzura del romance clásico, el escenario oriental le otorga un trasfondo exótico e interesante.*

En la época del rey Sung-jong (1488-1495), uno de sus hombres más destacados se convirtió en gobernador de Pyongan, la más importante de las ocho provincias en cuestión de cultura y urbanidad. Muchos de sus eruditos eran buenos músicos y demostraban habilidad en los asuntos de estado.

En aquel entonces había allí una famosa bailarina llamada Charan. Era muy hermosa y cantaba y danzaba para deleite de sus espectadores. Poseía además un gran intelecto, pues comprendía los clásicos y estaba familiarizada con la historia. Era la más brillante, famosa y renombrada de todas las *gisaeng*<sup>1</sup>.

El gobernador tenía un hijo de dieciséis años cuyo rostro era tan atractivo que parecía sacado de una pintura. A pesar de su juventud, era un buen estudiante y poseía un amplio conocimiento de chino. Tenía un gusto excelente y apreciaba la buena

---

1 También conocidas como *ginyeo*, las *gisaeng* eran artistas que cantaban, bailaban y tocaban música en las celebraciones.

literatura, así que en el momento en el que levantaba su pluma, los versos escritos resultaban admirables.

Lo llamaban Keydong (Chico Prodigio). El gobernador no tenía otros hijos, ni varones ni féminas, así que tenía todo su corazón puesto en aquel muchacho. El día de su cumpleaños, todos los altos cargos y personajes importantes acudieron a brindar por la salud del hijo del gobernador. También estaban presentes una compañía de bailarinas y un gran grupo de músicos. El gobernador, en un momento de calma durante el banquete, ordenó que la más bonita de las bailarinas danzara con su hijo ante los invitados reunidos. Todos los miembros de la compañía estuvieron de acuerdo en que Charan sería la adecuada, por su talento, destreza y juventud. El hijo del gobernador y la bailarina se movían como hadas, tan elegantes como el sauce al mecerse, ligeros y etéreos como las golondrinas. Los espectadores estaban encantados. El gobernador, muy complacido, llamó a Charan y le pidió que se sentara a la mesa presidencial para participar del banquete; a continuación le regaló unas sedas y le pidió que de ese día en adelante fuera la doncella que se ocupara de atender a su hijo.

En poco tiempo, los dos jóvenes se hicieron muy amigos. Se convirtieron en el mundo el uno del otro. No había existido en la historia una relación tan deliciosa como la suya. Se trataba de un amor como nunca se había visto.

El mandato del gobernador se extendió seis años más y por eso permanecieron en el norte. Al final, cuando llegó el momento de regresar, su esposa y él estaban muy preocupados por cómo reaccionaría su hijo cuando supiera que tenía que separarse de Charan. Temían partírle el corazón con una ruptura obligada, pero no podían llevarse a la muchacha con ellos porque eso afectaría a la reputación de su hijo, ya que no estaban casados. Como no se decidían, finalmente hablaron con Keydong.

—Ni siquiera nosotros, que somos tus padres, podemos decidir por ti en asuntos de amor. ¿Qué vas a hacer? Sabemos que quieres a Charan y que separarte de ella será muy difícil para ti, pero no sería apropiado que tuvieras una concubina

antes de casarte, y eso podría interferir con tus perspectivas matrimoniales y profesionales. Sin embargo, tener una segunda esposa es una costumbre común en Corea, algo que está bien visto. Haz lo que consideres mejor.

—No hay ningún problema —les contestó el muchacho—. Cuando la tengo delante, Charan lo es todo para mí; no obstante, en el momento de regresar a casa, la descartaré como a un par de zapatos viejos. No os preocupéis, por favor.

El gobernador y su esposa estaban muy aliviados y comentaron que, efectivamente, su hijo era un «hombre superior».

Cuando llegó el momento de la despedida, Charan lloró amargamente, tanto que los presentes no podían soportar mirarla. Keydong, sin embargo, no mostró la más leve emoción. Su fortaleza asombró a los testigos. Aunque había querido a Charan durante seis años, no se había separado de ella ni un solo día, de modo que no sabía qué significaba decir adiós, ni qué sentiría al estar separado de ella.

El gobernador regresó a Seúl para ser presidente del Tribunal Supremo y toda la familia lo acompañó. Después de su marcha, Keydong no había dejado de pensar en Charan, aunque nunca lo había exteriorizado ni hablado de ello. Como casi había llegado el momento del examen *Kam-see*<sup>2</sup>, el gobernador ordenó a su hijo que se marchara con algunos amigos a un monasterio vecino para estudiar y prepararse. Una noche, después de terminar el trabajo del día y de que todos estuvieran dormidos, el joven salió al patio a hurtadillas. Era invierno, había nevado y la luna brillaba fría y pálida. El monasterio, en la profundidad de las montañas, estaba en silencio, así que el sonido más leve se oiría. El joven miró la luna y sus pensamientos se tiñeron de tristeza. Deseaba tanto ver a Charan que ya no podía seguir aguantando y, temiendo perder la razón, decidió que aquella misma noche partiría hacia la lejana Pyongan. Llevaba puesto un gorro de pelo, un abrigo grueso, un

---

2 Examen al que se sometían aquellos que postulaban a un puesto administrativo o gubernamental.

cinturón de cuero y un pesado par de zapatos. Sin embargo, en menos de diez *li*<sup>3</sup> ya tenía ampollas en los pies y tuvo que detenerse en una aldea cercana para cambiarse los zapatos de cuero por sandalias de paja, y su gorro caro por un ordinario sombrero de sirviente. De este modo continuó su camino, pidiendo limosna mientras lo hacía. Por el día pasaba mucha hambre, y cuando llegaba la noche tenía mucho, mucho frío. Era el hijo de un hombre rico y siempre se había vestido con sedas y comido delicados manjares; en su vida nunca se había alejado más de un par de metros de la puerta de la casa de su padre y ahora tenía por delante un viaje de cientos de kilómetros. Caminaba con torpeza a través de la nieve, avanzando lentamente. Nunca antes había conocido tal sufrimiento; estaba hambriento y casi muerto de frío. Tenía la ropa hecha jirones y el rostro ajado y tan oscuro que parecía un demonio. Aun así continuó, poco a poco, día tras día, hasta que al final, después de un mes entero, llegó a Pyongan.

Fue directamente a casa de Charan, pero la muchacha no estaba allí; solo su madre. La mujer no lo reconoció y le dijo que era el hijo del antiguo gobernador y que, por amor a Charan, había caminado quinientos *li*.

—¿Dónde está? —le preguntó.

La madre de Charan, en lugar de alegrarse, se enfadó mucho.

—Mi hija está con el hijo del nuevo gobernador. Nunca la veo; apenas viene a casa, y lleva fuera dos o tres meses. Siento que hayas hecho un viaje tan largo, pues es imposible que te encuentres con ella.

La mujer ni siquiera lo invitó a entrar. Así de fría fue su bienvenida.

«He venido a ver a Charan, pero ella no está aquí —pensó el joven—. Su madre no parece aceptarme; no puedo regresar, y no puedo quedarme. ¿Qué voy a hacer?». Mientras se planteaba este dilema, se le ocurrió un plan. Había un escriba en Pyongan

---

3 Unidad de distancia que equivale a unos 500 metros.



que, durante el mandato de su padre, lo había ofendido y había sido condenado a muerte. Sin embargo, había circunstancias atenuantes, y él se presentó ante su padre, le suplicó clemencia y consiguió el perdón para el escriba. Entonces pensó: «A ese hombre le salvé la vida. Él me dará cobijo», y fue a su casa directamente. Al principio, el escribiente no lo reconoció. Entonces le dijo su nombre y quién era, y el escriba se sorprendió mucho y cayó de rodillas en una reverencia. A continuación despejó una habitación interior, le pidió que se acomodara allí, preparó una rica comida y lo trató con toda consideración.

Un poco más tarde, el muchacho habló con su anfitrión de la posibilidad de reunirse con Charan.

—Me temo que será imposible concertarte una cita a solas con ella, pero si quieres verla, creo que podré arreglarlo. ¿Te parece bien? —le preguntó el escriba.

El muchacho le preguntó cuál era el plan. Decidieron lo siguiente: Como era época de nevadas, a menudo llamaban a los barrenderos para que quitaran la nieve del patio interior del *yamen*<sup>4</sup> del gobernador, y justo entonces el escriba estaba a cargo de aquella labor.

—Agarrarás una escoba y te unirás a los quitanieves. Así verás a Charan, pues se dice que suele estar en el cenador de la colina. No se me ocurre ningún otro modo.

Keydong aceptó. A la mañana siguiente, temprano, se unió al grupo de barrenderos y entró con su escoba en el patio interior donde se hallaba el cenador. Empezaron a quitar la nieve. Justo entonces, el hijo del gobernador estaba sentado junto a la ventana abierta y Charan a su lado, pero no era visible desde fuera. El resto de sirvientes, que eran todos muy diestros, barrían bien; solo Keydong movía su escoba sin hacer avances, ya que no sabía barrer. El hijo del gobernador, al verlo, se rio a carcajadas y llamó a Charan para que ella también viera al torpe quitanieves. La muchacha salió al patio y Keydong

---

4 El *yamen* era el lugar de trabajo y residencia de los burócratas o funcionarios de alto rango.

levantó la mirada para verla. Ella lo miró solo una vez, durante un instante, antes de darle la espalda rápidamente, entrar en la sala y cerrar la puerta. Para decepción de Keydong, no volvió a aparecer. Terminada la jornada, el muchacho regresó desesperanzado a casa del escriba.

Charan era, ante todo, una mujer sensata y muy lista. Una mirada le había bastado para saber quién era el quitanieves. Cuando regresó al interior, comenzó a llorar. El hijo del gobernador la miró, sorprendido y molesto, y le preguntó:

—¿Por qué lloras?

Ella no contestó de inmediato, pero después de que insistiera dos o tres veces, le contó la razón.

—Soy una mujer de clase baja; te equivocas si me tienes en alta estima o si me consideras valiosa. Para mí, estar aquí es un halago y un gran honor; no tengo la más mínima queja, pero no he vuelto a casa desde hace más de dos meses. A veces pienso en mi casa, y en mi pobre madre, y me entristezco. Mañana es el aniversario de la muerte de mi padre; antes solíamos preparar ofrendas y hacer un sacrificio para su espíritu, pero estoy aquí recluida y me temo que no se celebrará ningún acto en su honor. Eso me da pena, y por eso lloro.

El hijo del gobernador confiaba tanto en ella que no dudó de sus palabras ni las cuestionó.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —le preguntó compasivamente. Ordenó que prepararan comida y dijo a Charan que corriera a casa para llevar a cabo la ceremonia.

La muchacha corrió hasta su casa como un fuego llameante y dijo a su madre:

—Keydong ha venido y tengo que verlo. ¿No está aquí? Si lo sabes, dime dónde está.

—Ha venido a verte haciendo un largo viaje a pie, es cierto, pero le dije que estabas en el *yamen* y que verte sería imposible, así que se marchó y no sé dónde está.

Entonces Charan se derrumbó y comenzó a llorar.

—Madre, ¿por qué has hecho algo tan cruel? ¿Es que no tienes corazón? —sollozó—. Yo nunca olvidaré a Keydong, ni renunciaré a él. Teníamos dieciséis años cuando me eligieron

para bailar con él y, aunque se dice que son los hombres quienes nos eligen, lo cierto es que es Dios quien lo hace. Hemos crecido juntos, y no ha existido ningún otro amor como el nuestro. Aunque él me olvide y me abandone, yo jamás lo olvidaré ni me rendiré. El propio gobernador se refería a mí como la amada esposa de su hijo, y ni una sola vez se refirió a mi baja clase. Me apreciaba y me hizo muchos regalos. Estar con él era como estar en el cielo en lugar de en la tierra. En la ciudad de Pyongan, hay tantos nobles y burócratas como abejas en una colmena; he visto muchos, pero ninguno tan garboso y dotado como Keydong. Debo encontrarlo y, aunque me rechace, jamás lo olvidaré. Si no me he quitado la vida, como debería haber hecho, es porque he estado bajo el poder y la influencia del gobernador. ¿Cómo ha podido venir desde tan lejos por alguien tan miserable y ordinario como yo? Él, que es un caballero de la más alta cuna, ha soportado grandes penurias y viajado desde tierras lejanas para venir a ver a una bailarina insignificante. ¿No podrías haber pensado en estas cosas, madre, y haberlo recibido con amabilidad? ¿Cómo no voy a estar consternada?

Las lágrimas inundaron los ojos de Charan mientras pensaba y pensaba dónde podría estar Keydong.

—No se me ocurre nada —se dijo—. A menos que esté en casa del escriba.

Corrió rauda como el pensamiento y allí se encontraron. Se abrazaron y lloraron sin decir una sola palabra. Más tarde, regresaron juntos a casa de Charan.

—Mañana tendremos que separarnos —dijo la muchacha cuando llegó la noche—. ¿Qué podríamos hacer?

Hablaron de ello y acordaron escapar aquella noche. Charan reunió su ropa, sus objetos de valor y sus joyas, y preparó dos hatillos. De este modo, llevando Keydong el hato a la espalda y Charan el suyo sobre la cabeza, se marcharon mientras la ciudad dormía. Siguieron el sendero que se adentra en las montañas entre las regiones de Yang-tok y Maing-san. Allí encontraron una granja, donde consiguieron alojamiento y trabajo para el hijo del gobernador. El muchacho no sabía hacer nada bien, pero Charan sabía tejer y coser y de eso vivían.

Después de algún tiempo consiguieron una pequeña choza en la aldea y se trasladaron allí. Charan no dejaba de coser ni de día ni de noche, y vendió sus objetos de valor y sus joyas para sobrevivir. Keydong, que sabía cómo hacer amigos, pronto se ganó la consideración y el cariño de todos los lugareños. Estos sentían mucho las dificultades por las que estaba pasando la misteriosa pareja de jóvenes y la ayudaban en todo lo que podían, de modo que los días pasaban tranquila y alegremente.

Retrocedamos un poco: cuando los amigos de Keydong despertaron por la mañana en el templo a donde habían ido a estudiar, descubrieron que había desaparecido. Nadie sabía qué había sido del hijo del presidente del Tribunal Supremo. Lo buscaron por todas partes, pero no lo encontraron y enviaron la triste noticia a sus padres. En el hogar del antiguo gobernador estaban desesperados. ¿Cómo podrían superar una pérdida tan grande? Peinaron los alrededores del templo y no encontraron ni rastro de él. Algunos decían que un zorro lo había engatusado y se había metamorfoseado; otros, que se lo había comido un tigre. Al final, sus padres aceptaron que había muerto, quemaron su ropa en una pira funeraria y lloraron su pérdida.

En Pyongan, cuando el hijo del gobernador descubrió que había perdido a Charan, encarceló a su madre y al resto de su familia. Un mes después, cuando la búsqueda resultó inútil, se rindió y los dejó a todos en libertad.

Charan, que por fin vivía feliz con el hombre que había elegido, le dijo un día:

—Tú, que eres hijo de aristócratas, has renunciado a tus padres y a tu hogar para vivir en este rincón perdido en las montañas con una bailarina. Es un asunto que concierne a tu deber filial, pues has dejado a tus padres con la incertidumbre de si estás o no vivo, y tienen derecho a saberlo. No podemos quedarnos a vivir aquí para siempre y tampoco podemos regresar a casa; ¿qué crees que deberíamos hacer?

—Es un verdadero problema —le contestó Keydong, angustiado—. No sé la respuesta.

—Tengo un plan con el que podríamos enmendar los errores del pasado y comenzar de nuevo en el futuro. De este modo, podrías presentarte ante tus padres sin temor a la opinión pública. ¿Te parecerá bien? —dijo Charan alegremente.

—¿Qué propones? —le preguntó Keydong.

—Solo hay un modo de hacerlo, y es a través del examen oficial. No se me ocurre otra manera. Aunque no te cuente más, creo que ya sabes a lo que me refiero.

—Así es, y tu plan nos viene de perlas. Pero ¿cómo voy a conseguir los libros que necesito?

—No te preocupes por eso, yo me encargaré —contestó Charan.

La muchacha pidió ayuda a sus vecinos para conseguir los libros, pero allí había pocos o ninguno, ya que se trataba de una aldea de montaña. Un día se topó, inesperadamente, con un vendedor ambulante que tenía entre su mercancía un libro que deseaba vender. Algunos de los lugareños querían comprarlo para usarlo como papel de pared. Entonces Charan se lo enseñó a Keydong para asegurarse. No era otro que una recopilación especial de ejercicios para preparar los exámenes. Estaba escrito con pequeños caracteres y contenía varios miles de ejercicios. Keydong estaba encantado.

—Esto será suficiente para prepararme —dijo.

La muchacha compró el libro y se lo entregó a Keydong, que a partir de entonces estudió día tras día. Por la noche estudiaba a la luz de la lámpara mientras Charan estaba sentada a su lado hilando seda. De este modo compartían la luz y, si él se distraía, Charan lo animaba a seguir. Así trabajaron durante dos años. Como Keydong era un estudiante de gran talento, hacía avances constantes. Era un gran escritor y dominaba la pluma. Sus composiciones no tenían igual, y todo indicaba que obtendría la mejor puntuación en el *kwago*, o examen para el funcionariado público.

Por fin se anunció la fecha del examen, que se llevaría a cabo ante su majestad, el rey. Charan preparó la comida y todo lo necesario para que Keydong hiciera el camino a pie hasta Seúl para poner a prueba su talento.

Cuando llegó por fin al lugar del examen, en los recintos del palacio, su majestad apareció y anunció el tema sobre el que debían escribir. Keydong tomó su pluma y escribió su composición. Bajo la inspiración del momento, los versos brotaban como agua burbujeante. La suerte estaba echada.

Llegó el momento de anunciar el ganador y el rey ordenó que se abriera el sobre lacrado donde estaba el nombre. Así se hizo y revelaron que era Keydong. En aquel momento, su padre era primer ministro y el rey lo llamó ante su presencia.

—Me ha parecido que el ganador era tu hijo, pero ha escrito que su padre es el presidente del Tribunal Supremo en lugar del primer ministro, ¿por qué razón?

Entonces le entregó la composición y le pidió que la leyera. El ministro la leyó, asombrado, y se echó a llorar.

—Se trata de mi hijo. Hace tres años se marchó con algunos amigos a un monasterio, para estudiar, pero una noche desapareció y, aunque lo buscamos por todas partes, no hemos sabido nada de él desde entonces. Al final creímos que había sido devorado por algún animal salvaje, celebramos un funeral y lo lloramos. No tengo más hijos, solo este. Era excepcional, y lo perdí del modo más extraño. Su recuerdo nunca me ha abandonado, porque parece que lo perdí ayer mismo. Veo en este examen que, efectivamente, esta es la letra de mi hijo. Cuando desapareció, yo era presidente del Tribunal Supremo, por eso ha escrito esto, pero no sé dónde ha estado estos tres años ni por qué ha aparecido ahora para presentarse al examen.

El rey, al oír las palabras del primer ministro, se quedó perplejo y llamó a Keydong a la presencia de todos los ministros reunidos. El muchacho llevaba su atuendo de estudiante. Todos los funcionarios estaban sorprendidos, ya que se había llamado al candidato antes de anunciar el resultado. El rey le preguntó entonces por qué se había marchado del monasterio y dónde había estado aquellos tres años. Él hizo una reverencia y contestó:

—He sido un hombre mezquino. He dejado a mis padres, quebrantando todas las leyes del deber filial, y me merezco un castigo adecuado.

—No debes mentir al rey. Aunque seas culpable no te condenaré, pero tienes que contármelo todo —contestó el rey.

Entonces el joven le contó su historia y todos los presentes afinaron el oído para enterarse.

—Tu hijo se ha arrepentido y ha enmendado su falta; ha obtenido el primer puesto y ahora es miembro de la corte. No podemos condenarlo por amar a esa mujer. Perdona sus ofensas pasadas y deja que empiece de nuevo —dijo el rey a su padre cuando Keydong terminó. Continuó con un suspiro—: Esa mujer con la que has compartido tu vida en las solitarias montañas, Charan, no es una mujer ordinaria. Lo que se le ocurrió para subsanar el pasado es un plan maestro. No es una bailarina común, esa Charan. Ordeno que solo ella sea tu esposa legítima; su rango será equiparado al de su marido, y sus hijos y los hijos de sus hijos podrán optar a los puestos más importantes del país.

De este modo, Keydong aprobó con honores y el primer ministro recibió a su hijo de vuelta. Le colocaron la corona de ganador y toda la corte lanzó vítores de alegría.

A continuación, el ministro envió un palanquín y algunos sirvientes a Charan, que en una alegre celebración fue proclamada esposa de su hijo. Más tarde, Keydong se convirtió en uno de los hombres más importantes del gobierno y vivió feliz junto a su mujer hasta avanzada edad. Tuvieron dos hijos, y ambos se graduaron y ejercieron en altos cargos.

IM BANG

## MÁS FÁBULAS Y LEYENDAS...



Más información en:  
<http://quaterni.es>



Síguenos en:

Facebook:  
QuaterniEditorial

Twitter:  
Quaterni

Instagram:  
quaterni\_editorial

Pinterest:  
Quaterni

YouTube:  
QuaterniEditorial

Google+:  
QuaterniEs